

→ OBITUARIO

El rey abandona la selva

El escritor manacorí y articulista de DIARIO de MALLORCA, Gabriel Galmés, falleció ayer víctima de una enfermedad que padecía desde hacía unos meses

F. TOMÁS. Palma.

En la mañana de ayer, moría el escritor y articulista de DIARIO de MALLORCA Gabriel Galmés Truyols, víctima de una enfermedad que padecía desde hacía unos meses. Su ironía, su sentido del humor y su chispa creativa habían llenado de ingenio las páginas de opinión de este diario desde 1992 hasta pocos días después de que le fuera diagnosticada la dolencia.

Este escritor manacorí, nacido en 1962, licenciado en Filología Inglesa por la Universidad de Barcelona y profesor de instituto, vivió siempre rodeado de libros y reconocía que se sentía cómodo en el humor. "Prefiero el humor que dé pie a la reflexión", comentaba, sin dejar de aportar conocimiento a sus palabras. "Toda la literatura de humor inglesa del siglo XX proviene de la picaresca española. En *El Quijote* está todo, sólo que es una obra que nadie ha leído ni entendido", declaraba.

Cuatro novelas y un libro de relatos avalaban la maestría de este creador al que no le daba miedo volar, que disfrutaba con la freixura de porc y delante de la tele, sobre todo si emitía *Doctor en Alaska*, y que era un gran aficionado a la hípica "aunque no tengo ningún caballo en propiedad". Esta afición, que le venía de familia ya que su padre es copropietario de una de las cuerdas más fuertes de la isla, le empujó a escribir, en las páginas de deportes de DIARIO de MALLORCA, como comentarista de trote.

A pesar de sentirse de Manacor, reconocía, en una entrevista realizada en septiembre de 1996, que estaba "haciendo oposiciones a felanitxer" embrujado por la posibilidad de pasar un tiempo en alguna casa de esa localidad.

Su primera publicación, en 1986, fue un

libro de relatos (*Parfait amour*), hasta que llegó la novela. Fue *El rei de la casa*, con un personaje, Titus Palmer, que aparecería, varios años después, en su cuarta obra, *Una cara manllevada*. Después llegaría *La vida perdurable*, en 1993, y, tres años después, *El rei de la selva*, uno de los libros que le proporcionó más satisfacciones. Un libro, en clave de humor, "un alegato contra la mediocridad", que fue traducido al castellano por él mismo, y al francés.

La ironía como arma

Lector de clásicos, de ellos extrajo un humor que le servía para enfrentarse a la vida y sus circunstancias, ya fuera política cultural - "jamás compraría un libro de un autor al que le pagan para que escriba. El dirigismo cultural empobrece y quita popularidad" - o panorama literario - "hay jóvenes escritores a los que se les notan las lagunas de su educación; después están algunos de los nuevos autores de aquí, que se han metido en una especie de nacionalismo literario y piensan que vale con lo que produce tu propia cultura y les falta perspectiva".

Formaba parte de la Asociación de Amigos del Teatre del Mar y precisamente un amigo suyo, Pere Fullana, el director de

Compaginaba su actividad docente, el teatro y los libros con su afición por los caballos

Iguana Teatre, fue el que le animó a escribir su primera obra teatral. Era 1994 y él, junto a Lluís Colom, ponía sobre el escenario del Teatre del Mar la pieza *La mitad de res*, un texto sobre el conflicto de Bosnia desde la perspectiva de dos periodistas.



'Una cara manllevada' fue la última novela de Gabriel Galmés. FOTO: TORRELLO

Casado con Lina y padre de un hijo, Galmés fue desgranando gotas de humor inteligente, de ironía sabia, en cada una de las columnas que publicaba en DIARIO de MALLORCA cada domingo. El último texto que publicó en las páginas de este rotativo fue el 1 de junio, en el suplemento

cultural Bellver. Se trataba de una crítica literaria al libro de Javier Cercas, *Soldados de Salamina*, en la que volvía a arrancar la sonrisa cuando describía a los columnistas que, en cada Feria del Libro, reconocían que "no compran libros porque -dicen- los

adquieren disciplinada y regularmente durante todo el año. (...) Son los mismos columnistas irreductibles que, al transmutarse en crítico literario, demuestran que no les gusta absolutamente ningún autor vivo y, de entre los muertos, sólo aquellos de apellido imposible, repleto de guturales, diéresis y esas rayitas sobre las vocales que llevan algunas palabras en húngaro. Autores que sospecha uno que se han inventado esos columnistas a quienes no invitaría jamás a una primera comunión por miedo a que mordieran a algún niño".

Aseguró que siempre había intentado hacer literatura, "no otra cosa" y que, para él, redactar era lo más fácil, "el problema está en saber qué se quiere contar. En realidad, nunca se acaba de saber lo que uno quiere hasta que se ha muerto".

OPINIÓN

"A no ser que el mundo haya cambiado tanto, y yo no me haya enterado"

Gabriel Galmés tenía la misma mirada que sus artículos, pero el resto de su estructura delataba a un inocente. En tres décadas más hubiera amasado el físico de Robert Morley, pero no le han dejado. Para ejercitar una mordacidad sin preaviso, debía vencer su sensibilidad casi infinita, lo cual hace más meritorio su trabajo. Nunca se valora el esfuerzo que requiere la sátira, las tensiones que provoca, el coraje intrínseco que se exige para despojar de caretas a los petulantes, la sobredosis de energía indispensable para transportarlos hasta el vértice de su caricatura y despenarlos desde allí. Rematando después con un "a no ser que el mundo haya cambiado tanto y yo no me haya enterado", una muletilla típica del escritor que conquistó el ámbito catalán y castellano a base de dilatar su Manacor natal hasta di-

mensiones cósmicas y cómicas.

Pensamos que la ironía nos hace invencibles, y por eso no me enteré de la enfermedad de Galmés hasta anteayer, y no me la creo hasta ahora mismo, cuando le agradezco que nos demostrara que Mallorca sólo será mallorquina si es cosmopolita, y por eso se hizo ferozmente mallorquín, y celebró que "la importancia del gesto de Colón fue demostrarle al mundo que España era un Imperio". Su asignatura y su literatura demuestran que el idioma inglés es la mayor fuerza de cohesión y de civilización del mundo actual, y por eso su humor los supera a todos en refinamiento. El lo interpretó desde la sublimación del wit, con esa capacidad de exagerar sus irritaciones, de tratar con escepticismo una catástrofe, de abalanzarse sobre lo grotesco en la última línea de sus

columnas. Siempre enfureció a los pedantes, porque aplicaba la regla fundamental de tratar los asuntos fundamentales como si fueran nimios, y las anécdotas como si estuvieran revestidas de trascendencia.

Fue una persona para todos los públicos, pero no un autor para todos los públicos. Había que jugar con él para tomárselo en serio, abstraerse del resto de la actualidad para paladearlo. Es necesario el escándalo de una muerte para que nos demos cuenta de que los recuadros alejados de un periódico respiran a la vez, y que el pálpito de una cabecera se obtiene por superposición de esos latidos individuales y dispares. Galmés estaba enamorado de la escritura, ya fuera un artículo de hípica o una novela. Nunca odió a sus dianas, ni las menospreció. Las colocaba a su altura, porque no hay humor sin una relación de

igualdad. Creo que querría haber sido más bohemio, pero no pudo ser más humano.

Anhelaba la fama que estaba a punto de consagrarle, porque quería burlarse de ella. Nunca alguien que confiaba ciegamente en sí mismo fue tan modesto. Odiaba que lo compararan con Tom Sharpe, pero ocurre que yo siempre he respetado al creador de *Wilt*, y que su mirada coincide con la de Galmés, y con la de sus artículos. El inglés es el último autor con cuyos libros me he reído abiertamente, en plena calle, despreocupado de cualquier apocalipsis. El escritor de Manacor se alinea junto a Sharpe, con todos los descendientes de Sterne. Si fuera tan valiente como él, incluso me atrevería a reírme. Para decretar después que este mundo se hizo ayer un poco menos inteligente.

MATIAS VALLÉS

